



PREMIO EDEBÉ  
DE LITERATURA  
INFANTIL

# Safari

MAITE CARRANZA

Ilustraciones de Manuel Ortega





# Safari

Maite Carranza

**PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL**

**edebé**

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Infantil según el fallo del jurado formado por: Teresa Colomer, Ángeles González-Sinde, Antonio Iturbe, Roberto Santiago y Vicenç Villatoro.

© Texto: Maite Carranza, 2019  
Ilustraciones: Manuel Ortega, 2019

© Ed. Cast: Edebé, 2019  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte  
*Editora de Literatura Infantil:* Elena Valencia  
*Diseño de la colección:* Book & Look

Primera edición, marzo 2019

ISBN: 978-84-683-4275-7  
Depósito legal: B. 1284-2019  
Impreso en España  
Printed in Spain  
EGS - Rosario 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para mi sobrino Salvador,  
que conoce y comprende a los chimpancés.*



## PRIMERA PARTE



# 1

## En la selva

No sé dónde estoy.  
No veo nada, me duele un montón la cabeza, apenas puedo moverla, y siento un zumbido como si me la estuviesen cortando con una motosierra.

*Sorry, rectifico, creo que me he confundido.*

El ruido no es exactamente el de una motosierra —no soy experto en motosierras—. Diría que suena a algo así como a gruñidos de un animal —tampoco soy experto en animales.

Aunque pensándolo bien... ¿Un animal?

No puede ser, pero lo es, suena al rugido sordo de un perro rabioso antes de atacar.



Quiero pensar, pero no lo consigo. Sospecho que me he pegado un porrazo, por eso tengo un chichón en la frente y se me ha borrado la memoria. Por más que me devane los sesos, no sé quién soy ni cómo me llamo. El único recuerdo que conservo es el de una chica encantadora que sonrío, habla sin cesar y se llama Mary Jo, de eso estoy seguro. Al pensar en ella, se me llena la boca de un sabor dulce, chocolateado, y siento deseos de abrazarla aunque no esté conmigo; creo que es un recuerdo bonito.

De pronto, algo me sujeta el brazo y un aullido, esta vez muy cerca, tan cerca que el aliento me quema la piel, me obliga a abrir los ojos.

Los vuelvo a cerrar aterrado.

Es una bestia salvaje, a medio palmo de mi cara, olfateándome. He visto un hocico enorme y unos dientes largos y afilados, siento su respiración en mi mejilla izquierda y el calor de su cuerpazo enorme sobre mi camiseta.

Debe de ser un sueño, me digo muy convencido, y vuelvo a abrir los ojos, como cuando a medianoche me levanto sin conexión con el mundo real, muerto de sed, y voy dando tumbos por el pasillo de casa, camino de la cocina, sin estar seguro de si duermo o estoy despierto.

Esta vez no, no es un sueño. Estoy bajo un bicho gigante, peludo y terrorífico que parece... un mono gigante. Sé que es un mono porque tiene la misma cara que King Kong, el de la película. O es primo hermano suyo.

Y soy su prisionero.

«Mejor no me muevo y así se olvida de que estoy aquí», me digo, y me quedo quietecito, sin respirar.

La tranquilidad ha durado muy poco. No to cómo se le eriza el pelo, se le dispara el corazón —que bombea como un tambor tictac, tictac— y comienza a bambolearse hacia delante y hacia atrás. Y, sin avisar —que casi me quedo sordo—, pega unos berridos espantosos.

Me doy cuenta de que la cosa se pone fea y de que va en serio. La bestia, que se me quiere zampar, está rodeada de otras muchas que gritan, chillan, se golpean el pecho y se nos acercan peligrosamente.

Menudo sarao se ha montado.

Está clarísimo. Están discutiendo para ver quién me come.

Y de golpe, me acuerdo de todo. De mi nombre, del de mi hámster, de que me he perdido en la selva africana, de que estoy solo, de que no puedo gritar, ni pedir auxilio.

¿Y ahora qué hago? ¿Qué haríais en mi lugar?

Disculpad.

Seguro que no entendéis nada y que os debéis de estar preguntando quién demonios soy yo y qué hago en medio de la selva bajo las zarpas de un mono hambriento a punto de devorarme.

Y tenéis toda la razón.

Lo mejor será que empiece desde el principio y que os cuente lo de mi familia, los leones y Mary Jo.

## 2

### Mary Jo

Hacía un montón de años que nadie me hablaba ni me dirigía la palabra, por eso me sorprendió que la chica de los pantalones blancos, que había llegado cargada de libros y que se sentaba a mi lado, cuchichease a mi oído.

—¿Te importa que te agarre la mano?

No sé si llegué a asentir, por la falta de costumbre de responder, pero a ella le dio lo mismo, estaba muerta de miedo. Me agarró muy fuerte, cerró los ojos y aguantó la respiración hasta que el zumbido empezó a disminuir y se apagaron las lucecitas rojas. La chica respiró aliviada, aflojó la presión de su mano y, al mirar por la ventanilla, relajó el rictus de su cara